



Capítulo 25



ARGUEDAS:
LA DINÁMICA DE LOS ENCUENTROS CULTURALES

TOMO I

Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales. Tomo I
Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores

© Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores, 2013

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Concepto gráfico: Lala Rebaza

Diseño de interiores: Mónica Ávila Paulette

Carátula en base al afiche *Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales*

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición: abril de 2013

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-612-4146-32-9

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-05741

Registro de Proyecto Editorial: 31501361300212

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Mi tío Pepe

VILMA ARGUEDAS OLIVERA

Soy hija de Arístides Arguedas, hermano mayor de José María. Mi padre llegó a Caraz (Ancash) para trabajar en el Colegio Nacional Dos de Mayo como profesor de matemáticas. En esa ciudad nació yo; mi madre fue caracina.

Mi padre y mi tío mantuvieron permanente contacto a través de cartas, en las cuales solían confiarse hasta sus últimos pecados. A la edad de ocho años, vi por primera vez a mi tío. Celia, su esposa, y mi tío llegaron a Caraz, y esto fue un gran acontecimiento para mí. Permanecieron varios días y tuve el «privilegio» de acompañarlos en sus paseos por el mercado, la campiña y todos los lugares que les llamaran la atención.

En una oportunidad, paseando por unas chacras, encontramos una acequia de agua casi transparente y, como es natural en la sierra, muy fría. Mi tío dio muestras de alegría como si fuera un niño juguetón, y nos pidió a Celia y a mí que nos volteáramos para quitarse la ropa y bañarse. A mí me pareció una hazaña colosal, ya que nosotros acostumbrábamos calentar el agua en casa antes de bañarnos.



En el mercado, se dirigía siempre a las campesinas que ofrecían sus productos sobre unas mantas de lana, sentadas en el suelo. Él les hablaba en quechua, pero ellas no le comprendían y solo atinaban a reírse tímidas y avergonzadas. El quechua de Caraz es diferente al quechua sureño.

Los amigos de mi padre estaban encantados con mi tío y con Celia. Compartían tertulias muy animadas. En una de estas reuniones, mi tío pidió una guitarra y se puso a cantar: «Wifala, wifala... wifalita...». La verdad, a mí no me gustó, parecían gritos desentonados en comparación a los huaynos de mi tierra.

Celia visitaba con frecuencia el mercado, donde compraba flores silvestres que provenían de las zonas altas de Caraz, y también aprovechaba la oportunidad para tomarles fotos a las campesinas, ya que el colorido de sus vestimentas le llamaba profundamente la atención.

Cuando mi tío y Celia regresaron a Lima, mi tío me escribió una cartita en la que comentaba sus impresiones y hacía hincapié en lo feliz que se sintió en ese «hermoso pueblo». Le contesté contándole de la alegría que me produjo haberlo conocido, pero le recomendé que se corte los bigotes porque me picaban cuando me saludaba y eso me desagradaba mucho.

A partir de ese momento, empezamos a escribirnos, y recibí de él mis primeros cuentos, que me transportaban a un mundo de fantasías. Esto provocó en mí una pasión por la lectura.

Transcurrieron varios años y vine a Lima para postular a la carrera de Trabajo Social, la cual, dicho sea de paso, fue recomendación de mi propio tío. Creo que me la recomendó por su profunda sensibilidad social, un sentimiento que ambos compartíamos.

Durante mis estudios universitarios, nos visitábamos con frecuencia. Recibí su afecto y el de Celia: ambos fueron muy acogedores en su departamento del Jirón Chota. Gracias a mis tíos, fui por primera vez a una función de teatro. También tuve una experiencia especial cuando ellos viajaron a Europa y me invitaron a quedarme en La Peña, un pequeño lugar de encuentro de intelectuales y artistas de la época. Allí, Alicia Bustamante, hermana de Celia, organizó una exposición permanente de arte popular peruano. Las máscaras que se exhibían allí no me dejaban dormir por las noches.

Por los años de 1968 y 1969, yo trabajaba en Chimbote y solía recorrer los diferentes pueblos jóvenes. Mi tío me pidió que lo acompañe a las casas de las familias migrantes que yo conocía para realizar un estudio antropológico que le había encargado la Universidad Agraria. Entrevistaba a estas familias y les pedía que le contaran acerca de las costumbres, fiestas y canciones de sus pueblos de origen.

Más adelante, cuando mi tío se encontraba escribiendo *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, se interesó de forma muy especial por el mundo de la pesca. Mi esposo lo contactó con algunos patrones de lancha y él, rápidamente, logró entablar amistad con ellos. Estos empezaron a llevarlo a las faenas de pesca y a las reuniones del Sindicato de Pescadores. En estas circunstancias conoce al Padre Camacho.

Cuando fuimos a visitar a este último a la oficina parroquial en Laderas del Norte, nos sorprendió mucho ver, en el despacho del Padre, una foto del Che Guevara frente a la Cruz. El Padre Camacho y mi tío se hicieron muy amigos y solían pasar mucho tiempo en la casa sacerdotal. José María nos contaba, impresionado, sobre estos «curas distintos», sindicalistas y luchadores.

En todo este periodo entre Lima y Chimbote, que duró varios meses, nos fuimos acercando mucho más. Recuerdo varias experiencias tiernas con diferentes animales que encontraba en sus recorridos por los pueblos jóvenes. Sobre todo, le gustaba visitar un lugar donde los pobladores se proveían de agua potable utilizando varios burros como cargadores de latas de agua, los que subían penosamente al cerro San Pedro, ubicado en la zona norte de Chimbote, en pleno arenal. Mi tío preguntaba los nombres de estos burros y les hablaba con cariño, asegurándoles que entendía el esfuerzo que hacían. Esta actividad la realizaba por las tardes, siempre que le fuera posible. También entabló amistad con perros, gatos, cerdos y gallos que vivían en las casas de los pobladores migrantes.

En el ambiente familiar nos brindó siempre mucho cariño. Jugábamos cartas hasta altas horas de la noche y él solía tomar incontables tazas de té. También contaba, con mucho entusiasmo, chistes de diverso calibre. Disfrutaba mucho que le pidiéramos repetir el chiste del pedo de la condesa. Creo que le gustaba más el ruego que el chiste.

En sus conversaciones acostumbraba utilizar adjetivos en grados superlativos, tanto en situaciones alegres como penosas.

Desarrolló un vínculo amical con mis dos hijos, en especial con el menor (Chiqui, de cuatro años de edad), al cual acostumbraba llevar al mercado ambulante para conversar con las vendedoras migrantes. Él afirmaba que Chiqui le cuidaba el auto.

Como última anotación, me gustaría recalcar que este testimonio pertenece al ámbito familiar y humano. Tuve la suerte de conocer, querer y entablar un vínculo sumamente cálido con José María Arguedas. Fue una buena persona.